

EL ESPAÑOLISMO DE ENRIQUE RODO

En un admirable artículo escribía hace diez años el genial Rodó: «Yo he creído siempre que mediante América el genio de España y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcance en el tiempo la huella del hombre. Pero yo no he llegado a conformarme jamás con que éste sea el único género de inmortalidad o, si se prefiere, de porvenir a que puede aspirar España. Yo la quiero embebida o transfigurada en nuestra América: sí, pero la quiero también aparte y en su propio solar y en su personalidad propia y continua. Mi orgullo americano—que es el orgullo de la tierra y es además el orgullo de la raza—no se satisface con menos que con la seguridad de que la casa lejana, de donde viene el blasón esculpido al frente de la mía, ha de permanecer siempre en pie, y muy firme, muy pulcra y muy reverenciada. Soñemos un porvenir en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso avatar de la grandeza de España...»

Ahí, en ese párrafo valiente, altivo y honrado, brioso y sincero, está resumido todo el españolismo del autor de *Camino de Paros*. Un hispanismo identificado con nuestro ideal americanista, un españolismo sano, intenso, cordialísimo, ha constituido y constituye nuestro único anhelo de argentinos, como creo que ha de ser el sueño común de los demás pueblos de la América española. Hacia la consecución de este anhelo van encaminadas, van encauzadas, todas las energías, todos los esfuerzos y todas las ansias de la intelectualidad argentina. Cuando soñamos, es España el objeto de nuestro ensueño. Cuando pensamos, hacia España vuelan nuestros pensamientos. Y cuando miramos hacia el porvenir, cuando laboramos

por domeñar el incierto mañana, es este solar querido, es este hogar patricio e hidalgo el que alienta en nuestros pechos la confianza y la fe. De España es nuestro ayer y nuestro futuro. De España es nuestra bella tradición y nuestro *avenir*. Nada tiene de extraño entonces, que aquí esté cautivo nuestro corazón. Mientras en el inmenso crisol americano se funden los esfuerzos y las esperanzas de todas las razas de la tierra, mientras en nuestro suelo germinan los ideales de las nacionalidades todas; mientras en la nueva Babel hallan calor de adhesión y de fraternidad los hombres de todos los climas, aquí está España vigilante de nuestra pureza—que es la pureza de nuestra casta,—aquí está la madre celosa de nuestra virginidad, para que—haciendo muy nuestras las virtudes de los que se acogen a nuestra hospitalidad—desdeñemos y sepamos erguirnos muy dignos o, si queréis, muy españoles—que lo mismo es—sobre los vicios de la legión inmigratoria. Un poeta argentino, Rafael Obligado, decía refiriéndose a la oportunidad y a la conveniencia de atraer las corrientes emigratorias de la península, que ellas portarían consigo un caudal inapreciable de depuración y rejuvenecimiento indispensable a la sociedad argentina, agotada por la influencia de los agentes extraños establecidos en nuestro país. Conservar en toda su estupenda magnitud el arquetipo nato de la raza, es la verdadera bandera del españolismo. José Enrique Rodó que lo comprendió, con la valentía de un adalid y el entusiasmo de un patriota, izó el airón de aquella profesión de fe sobre la hueca retórica *pour rire* de los falsos discursos hispanistas. Y de ella parte la única, la verdadera política de acercamiento. Ella es el lema de nuestra intelectualidad, el emblema de nuestro pueblo, la divisa de los sinceros nietos de España.

Y en todas las esferas de la vida argentina se encendió el ferviente deseo de conocer a España, de estar—

en espíritu—más cerca de España. Una ejemplar institución, hija del patriotismo y de la constancia de la colectividad española, fue el infatigable *pioneer* del movimiento renovador. Gracias a tan laudable empeño, merced al desinterés y a la constancia de aquélla, la voz de los heraldos del resurgimiento español llegó hasta nosotros pletórica de provechosas enseñanzas. Rafael Altamira, Augusto Pi Suñer, Rey Pastor y tantos otros, fuertes exponentes del pensamiento poliforme de España, desfilaron anualmente por nuestras universidades rehabilitando en nuestra patria el nombre augusto de España. Al propio tiempo otros ilustres viajeros cooperaron independientemente en la cruzada. Y arribaron el gran Ortega Gasset, el poeta Eduardo Marquina, Zamacois... Hoy mismo, el insigne filósofo catalán Eugenio d'Ors, ha hecho tambalear la vetustez gazmoña de nuestra universidad de Córdoba. A propósito de las conferencias que *Xenius* dio en dicho centro, el literato Capdevilla en *La Prensa*, no ocultaba el asombro creciente con que los círculos intelectuales cordobeses seguían las elucubraciones plenas de robusta doctrina que el gran pensador desarrollaba. Jamás se escucharon en aquel arcaico paraninfo frases más francas de rebeldía contra los prejuicios consagrados por el tiempo, ni se expusieron conceptos tan sólidos ni tan definitivos—expresados con serena valentía—en apoyo de una ideología nueva. Y quien así decía era un español...

Hoy estamos en condiciones de aprender a sentir al unísono de la madre patria, de identificarnos con sus sentimientos y con sus ideales. Las leyendas infundadas del resobado *atraso* y de la *incapacidad* que atribuían a España fueron cayendo. Aun se apoyó el absurdo prejuicio, como postrer recurso, en el mentado *error* cometido por España en la colonización de América. Durante algún tiempo este tópico fue el lugar común

de escritores suspicaces. Nuestro inmortal Bartolomé Mitre, cuando mayor era la algarada, supo decir con aquella honradez que fue la norma de toda su fecunda vida: «España dio a sus colonias todo lo que podía darles, y mucho más. Ninguna de las provincias de la metrópoli gozó, durante el período del coloniaje, de más privilegios que las posesiones americanas.» Y la obra reparadora del norteamericano—¡un norteamericano!— Charles F. Lummis se encargó de dar el golpe de gracia a la insidiosa leyenda. España, indiscutiblemente, llevó a cabo en América labor de titanes. La ley de *encomiendas* cuyo espíritu era altamente beneficioso para el indígena, ya que lo capacitaba para el trabajo inteligente y metódico, no fue injusta y vergonzosa, sino desde el momento en que nació la codicia y comenzó el abuso de los encargados de hacerla cumplir. Prueba de que España se interesaba por los nativos, es el viaje de Alvaro al Río de la Plata con el exclusivo fin de vigilar el proceder de los *encomenderos* y de descubrir las irregularidades cometidas. Por lo demás, las leyes de Indias, amparadoras del derecho de los pobladores de América, constituyen un sabio monumento de jurisprudencia y de humanidad, tanto más admirables si atendemos al tiempo en fueron dictadas, y si meditamos en la dificultad enorme que importa estudiar las necesidades de un país casi desconocido y acudir a remediarlas desde seis mil millas. Labor de gigantes fue la gesta de América.... La epopeya más grande que vieron los siglos tuvo por escena el suelo virgen de un continente fabuloso y por actores a aquellos animosos, castellanos, magníficos como semidioses: Pizarro, Cortés, Mendoza, Díaz de Solís, Garay....

España es hoy para nosotros un ejemplo y un símbolo. En buscar su semejanza radica nuestra sabi-

duría. Porque ella fue como alguien dijo «matriz de las naciones,» madre, troquel en donde se fundieron las virtudes más altas de la familia hispana. Una madre es digna, la única digna de formar los hijos a su imagen.

* * *

Nunca supo el paradoxal Pío Baroja ocultar su americanofobia. Jamás recató el odio cordial que nos profesa. «Juventud, egolatría» fue su abierta declaración de beligerancia.

Nuestros defectos surgían en toda su desnudez bajo la pluma del gran novelador; pero lo que de perdonable en ellos había, o se desconocía o había empeño manifiesto en no reconocerlo. Baroja se exaltó. Las ofuscaciones siempre son de mal gusto. Andrés González Blanco, refiriéndose al parcial hermetismo de Zola, exclamó con esa ironía so capa tan particular en él: «En los límites de la exaltación está la frontera de la imbecilidad.» No dudo que tal exaltación fue superficial, periférica, como aquella *exaltación por fuera, frío por dentro* de que habla en *La feria de los discretos*. Reconocer lo contrario sería parangonar al insigne vasco con aquel vulgarísimo Gil de Oto, que escondió su despecho tras una serie de deshilvanados e inofensivos infundios que lleva por título *La Argentina que yo he visto*. Harto injusto fue Baroja cuando nos hería: «Me parece que en ellos, los americanos, han adulterado mi raza.» Es doloroso que llegue a tales extremos el desconocimiento de América. No. Mil veces no. América poseerá aquel defecto tan grande, condenado por Heine, de querer encajar demasiado el porvenir en el presente. Es verdad. Pero América es la promesa de España, y renegar de América es befar a España, escarnecer a España, negar el futuro de España. Se ha inventado una América de mercachifles, una América de cursis *rastacueros*, una

América encenagada en el mercantilismo más abyecto. Y eso es falso. Porque a pesar de la influencia de multitudes aventureras, el espíritu de la raza es más fuerte y repela, anula, neutraliza la contaminación. El día en que el alma de la progenie española de América cayese bajo el avasallador empuje de otras razas, no habría llegado solamente el ocaso de ella sino el de España misma. Porque España es la tradición de ayer y será la historia del esplendor ya cercano de la raza. América es el porvenir. Y España, sin mañana, sin porvenir, sería una España caduca, estéril, muerta..... Dicho con propiedad, no sería España.

Continúe siendo el españolismo del gran José Enrique Rodó, nuestro españolismo. Vinculémonos intelectualmente con la madre patria y morirán todas esas leyendas tan arbitrarias como molestas. Que mientras los portadores de la palabra de España hallan la devoción nuestra allende el Atlántico, aquí—en el rancio terruño del divino loco, bajo el sol glorioso de España—tengan acogida grata las manifestaciones múltiples de la complejísima vida americana. No há mucho—digámoslo de paso—el viejo «Corral de la Pacheca» albergó, durante unos inolvidables días, los bellos y ya vigorosos latidos de nuestro arte nacional. Ojalá Camila Quiroga haya marcado el comienzo de una etapa de intercambio artístico hispanoargentino. Quiera Dios que su éxito clamoroso sea el hito primero que ha de señalar nuevas sendas hacia un amplio y mutuo conocimiento de nuestras patrias. Los frutos de una política orientada en el sentido precitado serían infinitamente más prácticos y más fecundos que todos los alardes de oratoria barata y que los fríos manejos diplomáticos.

América está bien intencionada hacia España. Fernández Mato, que es quizás uno de los intelectuales españoles que más fervientemente nos aman y más íntimamente

nos comprenden, asegura bellamente: «Se busca a España para bandera y novia, para antorcha y madrina, para espejo y abrigo. . . .» América quiere a España. Su corazón y su alma siguen siendo españoles. Ciento once años de existencia libre, de vida abierta a todo esfuerzo y a toda idealidad, un siglo de evolución continua e intensa no fue obstáculo insalvable para testimoniar nuestro cariño a la progenitora de veinte naciones libres y orgullosas, no logró apartarnos de su amor.

Porque América—digámoslo con el dios Darío:
«Aún reza a Jesucristo y aún habla en español.»

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Argentino.

(De *Cultura Hispanoamericana*).

PALABRAS ANTIGUAS PARA IDEAS NUEVAS

Muchas son las prerrogativas que Dios concedió a la Iglesia; una de ellas es la de embellecer cuanto toca; por eso ennobleció el arte con ideales más altos, y si se sirvió en sus primeros días del idioma griego como lengua oficial, necesitó modificarlo. Así como el Papa S. Bonifacio IV consagró a los mártires el Panteón, pero transformándolo de adoratorio pagano en santuario, poniendo en vez de la lasciva Afrodita y del degradante Baco la imagen de la dulcísima Reina de la belleza, virgen y madre, y las de los santos que observaron la severa moral cristiana en vez de los símbolos del culto de los vicios, eso mismo hizo la Iglesia con el idioma, porque necesitó expresar ideas nunca oídas con palabras paganas cuyo sentido tuvo que cambiar.

Así, por ejemplo, el lugar donde los paganos dejaban los cadáveres se llamó necrópolis (ciudad de los muertos); el cristianismo que no vio en la muerte el fin